

Las cuitas del joven Weininger

Llamil Mena Brito

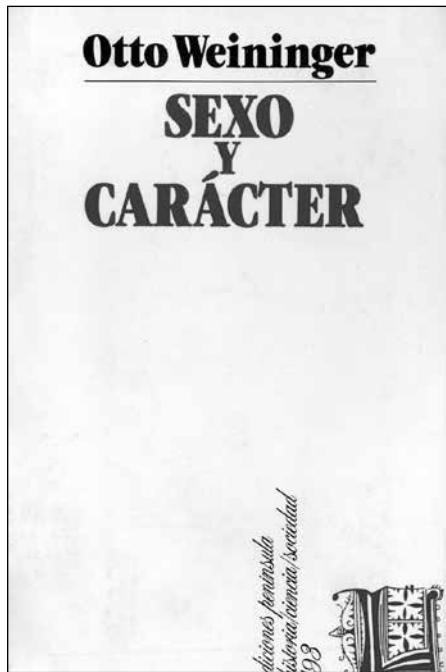


Otto Weininger, 1903

PARACE QUE POR SUERTE, LA VIDA DE UN HOMBRE JOVEN, volcado en aquel estamento llamado “académico”, es un duro y constante trayecto de fracasos. El método empírico inscribe en letras de oro aquella sentencia de la prueba y el error. La vista analítica, el sensible ejercicio interpretativo, no escapa al mismo aforismo, aunque cierto es que las condiciones de producción de este otro “método” parecen cada vez más indulgentes con la sagrada misión de la verdad. Pero siempre el fantasma de la ignominia, el condescendiente halago o la autopresunción de genialidad montan en el mismo carro hacia el sutil e irremediable camino a un lógico fracaso.

El personaje que hoy nos atañe es un ejemplo de los alcances y las cuitas que este nuevo estamento llamado académico imprimen en la vida y posteridad de un hombre. Como bien lo señala Daniel Stauer, la biografía de Otto Weininger (1880-1903) se resume por su brevedad y su legado, íntegramente explicada desde la vida académica.

Weininger figura hoy, por distintas circunstancias de la historia, como un paradigmático caso de fracaso. Si tan sólo observáramos las condiciones de su prematura muerte y la fama que hoy posee su obra *Sexo y Carácter* —*Geschlecht und Charakter*, 1903—, poco podríamos argumentar a favor de la causa de un joven y brillante humanista. Pues si a los hechos nos atenemos, estaríamos hablando de un joven psicólogo que a los 23 años se quitó la vida, y dejó una obra caracterizada como una de las más misóginas y racistas de la historia; precursora de la actitud machista y chovinista finisecular, y para algunos, del propio nazismo. Empero, resulta evidente inferir que el trayecto es un poco más complejo y vasto a tal punto que



hoy, si bien Weininger no es ni por accidente el nombre que fue a principios del siglo xx en la cultura europea, existe una creciente “curiosidad” por entender al hombre, la obra y el diseño que representó para tanta gente.

Otto Weininger entendió rápido y de forma contundente su gran fiasco académico. El primero de los múltiples que conceden a su vida y obra el carácter de un fracaso monumental, a los 21 años, lo encontró en 1901 de la voz del mismísimo Sigmund Freud, quien al tenerle que dar una opinión sobre su única obra publicada en vida, la tesis doctoral que buscaba encontrar apoyo y

publicación, rehusó la recomendación para la impresión y cortésmente aconsejó diez años más para recabar más evidencia empírica, pues en su opinión “el mundo requería de más evidencias y menos reflexiones”. El joven Weininger respondió que prefería escribir otros diez libros en la aconsejada década. En una carta posterior a un amigo, enfatizó su postura frente a Freud, preguntándose de manera retórica cómo sería posible comprobar hechos cuando los hechos mismos sólo pueden ser indicados.

Sexo y Carácter encontró editor y el propio autor pudo revisar la primera reimpresión el mismo año que terminó con su vida terrenal en la misma habitación de Viena donde Beethoven murió. Nunca sobra señalar que el tiempo y las circunstancias eran muy especiales. Hablamos de la Viena de finales del siglo xix y comienzos del xx. En el caso de esta obra y este personaje, esta circunstancia no puede pasar inadvertida para dimensionar la complejidad que entraña un texto como este y entender la paradoja completa del supuesto fiasco. En su momento, y para aquellos que tuvieron contacto con la obra en una primera instancia, *Sexo y Carácter* logró una vasta aceptación popular y una profunda influencia. Si de escritores y filósofos contemporáneos de Weininger hablamos, surgen nombres como Karl Kraus, Franz Kafka, Hermann Broch, Italo Svevo, Karl Popper, Robert Musil, Arnold Schoenberg, August Strindberg, Elias Canetti y particularmente Ludwig Wittgenstein, quien leyó el mentado libro en su juventud, y a pesar de sus divergencias eventuales ya como filósofo, no dudaba recomendar la obra de Weininger a sus estudiantes y amigos como una de las más importantes y profundas que él tuvo la oportunidad de estudiar.

Varias reediciones casi inmediatas y referencias explícitas en la obra de algunos de los arriba mencionados (el caso de Italo Svevo en la *Conciencia*

de Zeno resulta deliciosamente ejemplar) ubican a Weininger como un portento y un hombre que encontró el éxito entre sus contemporáneos y las generaciones inmediatas a él. Llegaron las guerras y aquel joven trazado como un visionario y por algunos hasta un místico perdió el brillo y cayó en el infortunio de la generalización al tema más llamativo de su obra: la dicotomía entre el grado de conciencia e inconsciencia del ser humano (en otras palabras, el grado en que una persona es varón o mujer). Sin entrar al libro y extrayendo de él sentencias aisladas —es decir, sin leer por completo el estudio que en realidad destaca por un soberbio uso de un método demostrativo— fue y ha sido fácil aislar las sentencias misóginas y la errónea caracterología, y se olvida por completo la época y sensibilidad que emergía y en que se vivía en la Viena de fin de siglo.

Ahí comienza el gigantesco fracaso de un joven, un humanista cuya mayor contribución fue el proponer una vista al pensamiento humano, mediante la naturaleza de lo que en la mente se puede hallar de distinto entre el género sexual. Las subsecuentes lecturas políticas no concernieron a su momento y, aparentemente, en el devenir de la historia existieron sobradas razones para pensar en ello, cuando en el cuerpo de *Sexo y Carácter* se instala el tema del judío, elaborado desde otra instancia muy particular de la obra: la religión, la genialidad y la iluminación espiritual.

Desde la vida académica, y a partir de ella, el fracaso de la vida y obra de Otto Weininger resulta un ejemplar caso de cómo la historia y la idea de progreso pueden convertir a un joven en un hito de iluminación o en un síntoma de decadencia. Me gusta pensar en el joven Weininger, en el judío convertido al protestantismo (decía él, la religión de Kant), homosexual y suicida. Un joven en el que la vida hervía y en el que el poder por encontrar una verdad, tal vez la suya, impactó a toda una época. Su fracaso debió entenderlo inminente. Su obra la supo honesta. William Hazlitt (1778-1830), en su ensayo “Sobre el sentimiento de inmortalidad en la juventud”, deja una estampa de ese furor y ese sabido fracaso, a veces tan natural, a veces tan potente:

Objects in youth, from novelty, etc., are stamped upon the brain with such force and integrity that one thinks nothing can remove or obliterate them. They are riveted there, and appear to us as an element of our nature. It must be a mere violence that destroys them, not a natural decay.¹ ▲▲

¹ Los propósitos de la juventud, desde la novedad, etcétera, se estampan sobre la mente con tal fuerza y honradez que uno piensa que nada puede eliminarlos o borrarlos. Están clavados allí, y nos parecen parte de nuestra naturaleza. Debe de ser una violencia singular la que los destruya, no una decadencia natural.